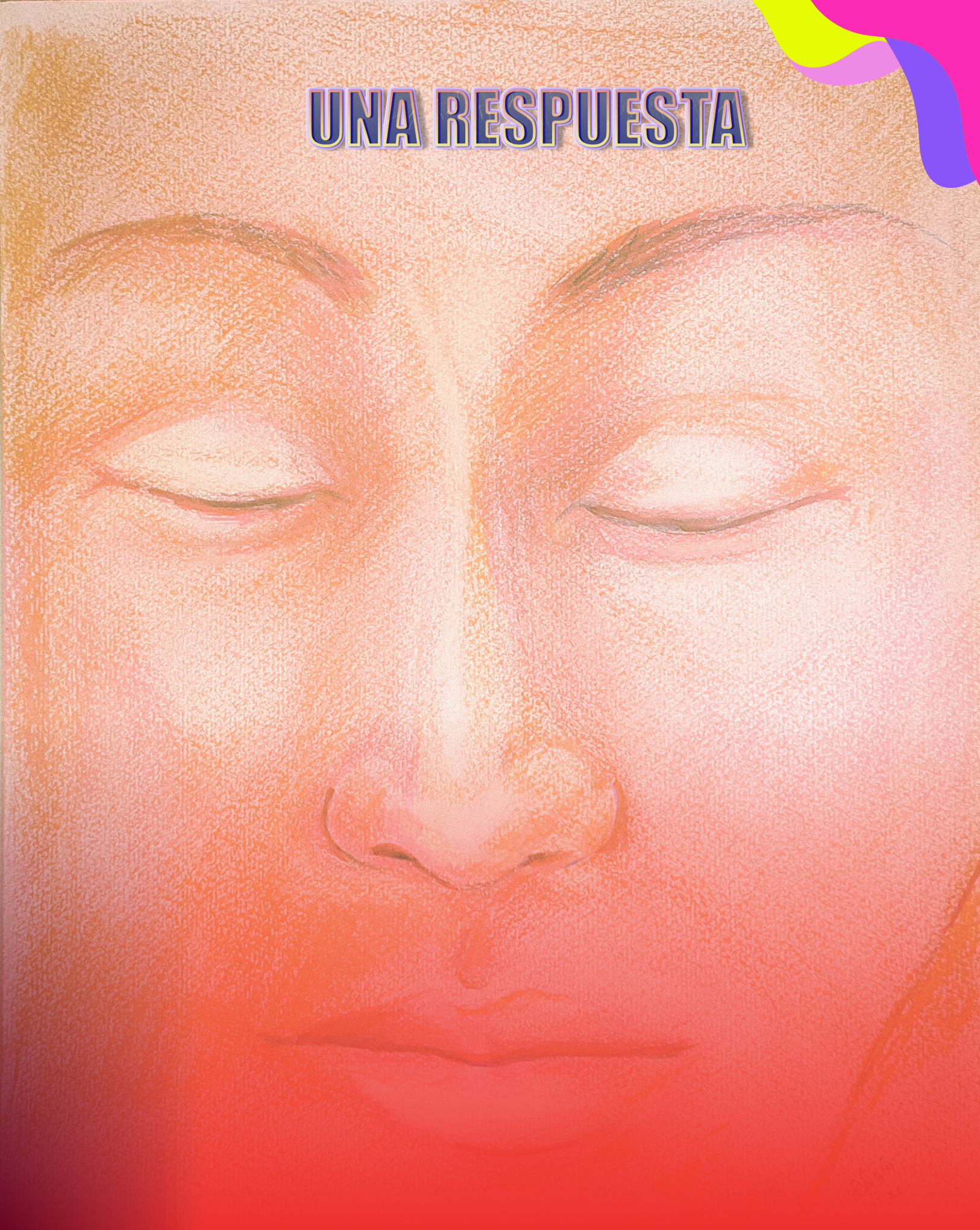


UNA RESPUESTA





ANA MARÍA MONTEALEGRE CORTÉS

Docente de tiempo completo CAT Neiva



Cuando estaba pequeña, en el patio de la casa por las noches subía por unas escaleras viejas de guadua, de esas que vendían en la circunvalar, apuntilladas con clavos largos para madera, y reforzadas con un amarradero inseguro de alambre; mientras subía cada peldaño, la escalera rechinaba y se mecía de izquierda a derecha, de izquierda a derecha, como una hamaca que la acercaba a las estrellas, ya que allí quería llegar, a la pequeña azotea de su casa, donde en la noche podía ver las estrellas tranquilamente. Su abuelo la construyó, sabrá Dios para qué... Pero en esos días de soledad, para ella era el mejor lugar donde podía estar.

En cada libro que acariciaba de la biblioteca de su abuelo, aunque no sabía leer aún, se imaginaba en la azotea mirando cada destello, cada pequeña luz fugaz que atravesaba el infinito cielo; podía sentir la brisa que la subía muy alto, pero pronto sentía el vacío de su vida que era tan grande como el del mismo espacio que albergaban sus amadas estrellas, donde nadie podía escucharla gritar.

A esta pequeña niña desde la cuna la seguía un ente, ella temía a esa criatura que cada día entraba a su habitación; algunas noches no

podía verla, pero la sentía; a veces se quedaba bajo la cobija muerta de miedo, esperando que la criatura no le hiciera daño, pero esta nunca le tocó; solo estaba allí, en la sombra, alimentándose de su miedo y su tristeza.

Creció sintiendo gran admiración por las enseñanzas de su abuelo, un viejo profesor de inglés amante de la luna, de las estrellas, del infinito. Amaba su voz, sus manos que la acogían entre letras y libros viejos, acercándola a la felicidad dentro de su enorme y antigua casa. Cuando su abuelo se fue a hacer parte de esas constelaciones, le quedaron sus enseñanzas, sus libros, sus manuscritos, que le llenaban el alma, que le mostraban una vida fuera de la estructura que solía conocer, donde le pedían estar.

Lejosya de la inocencia de la infancia, aquella pequeña niña blanca de ojos grandes azabaches y cabello suave, se enfrentó con la frialdad de la sociedad, aquella que suele cortar sueños, que aterriza viajeros del espacio, que muestra que no hay un tesoro de duende al final del arcoíris, que marca un solo camino por donde andar. Incluso eso alimentaba a la criatura que jamás se alejaba de ella, tal vez por eso podía sentirla cada vez más grande, más fuerte.

Amar nunca fue fácil para ella, solo veía su amor en sueños, a menos que el ser amado fuera un animalito indefenso, una plantita, o una piedra; amaba las piedras que le ofrecieran la energía del tiempo y de la inmortalidad. Toda esta magia se reflejaba en sus sueños, que predecían lo que le ocurriría; podía sentir los aromas, las personas, los acontecimientos, hasta que un día, de un sueño que sintió aún despierta, emergió aquel amor, le vio de frente y era como la había soñado, sus ojos de sol como en el sueño, su mismo aroma. Todo esto era tan fuerte que tuvo que pellizcarse para saber si estaba dormida.

Desafortunadamente, con su amada había emergido también la criatura ominosa que le atormentaba, era una bestia gigante bípeda, de ojos enrojecidos, de dientes de fiera y de lengua bifurcada; su espalda estaba llena de diminutos bichos que salían de pequeños orificios babosos como medio incrustados en su piel. Cuando la mujer de su sueño abrió los ojos de sol, se enamoró inmediatamente de ella;

se tomaron de las manos y huyeron de la bestia por un sendero de piedras vibrantes que encontraron. Después de coincidir en que siempre se habían estado esperando, tuvieron que pensar cómo librarse de la criatura. Ojos de azabache siempre había temido todo esto, no quería que nada arruinara su sueño hecho ya realidad.

Pronto llegaron a una selva espesa en donde pensaron descansar, pero un hombre de cabello largo y sonrisa tranquila les ofreció ayuda; ellas, cansadas, aceptaron. El hombre les dio a beber el elixir de la verdad, que les permitía entender por qué la criatura quería hacerles daño.

De repente, ojos de azabache empezó a caer en un sueño. Estaba en medio de las constelaciones que tanto admiraba de niña desde la azotea de su vieja casa; eran de colores cósmicos como entre violetas y azules eléctricos; sentía, aunque no muy clara, la presencia de su abuelo.

De repente se vio en un sendero en el que las raíces de los árboles se entrelazaban con sus manos y su cuerpo, era como si confortablemente le estuviera tragando la tierra entre lianas, hojas y corrientes de colores. El suelo y ella se volvieron uno solo, era un solo corazón y un solo palpar; cada vez que el corazón bombeaba sangre, las raíces enredadas en su cuerpo brillaban como pequeños caminitos azules. Ella sintió como si regresara a casa, pero no a la casa grande y vieja de la azotea, sino a la casa donde habitaba antes de estar en ese cuerpo, a su origen, a su génesis, donde todo estaba en sintonía con la tierra, con el agua, con las piedras.

Desde allí podía escuchar una cascada; podía ver su sangre circular; podía sentir cómo no respiraba pero seguía con vida, y que los pulmones no necesitaban aire porque no tenía cuerpo, porque ella misma era espacio, y tiempo, energía y luz...

En la copa del árbol había un par de ojos. Eran los ojos de la chica de sus sueños. En ese momento comprendió que nunca dejó de ser solo un sueño, que pensó que había salido pero lo hizo para regresarla a ese momento, que eran los ojos que acompañaron la lucha contra la criatura. Aquella mirada le enseñó con amor y dolor la forma de vencer.

Pasaron horas y horas en esa forma, una forma intangible e indefinida, siendo nada y siendo todo, estando arriba y abajo, o donde ella quisiera. La punta de sus dedos se alargaban cuando los veía, se volvían raíces largas que entraban en el árbol, y en medio veía su corazón palpar en colores violeta y azul eléctrico, en un fondo negro como el espacio sideral.



Sus ojos dejaron de ser negros. Ahora tenía una mirada violeta que echaba chispas; su mente estaba en absoluta calma y plenitud. Llegó a su nirvana; no había nada más claro que ese momento; cada célula se conectaba, cada dendrita lo transmitía, cada impulso lo confirmaba. Había vuelto a casa solo para encontrar la respuesta; siempre se había preguntado por qué debía estar ahí, así, con vacíos, con miedos, con tristezas y dolor.

La conexión transmitió en ella la respuesta de sus preguntas; la plenitud llegó a su alma; la sonrisa se mantenía en su rostro. Entendió y aceptó su destino, porque supo que el ser humano está en la tierra solo de paso; que pronto deberá regresar a casa; que esta es la forma como él se materializa en este plano, en este tiempo, y que pronto cambia de forma y de lugar; que toda construcción física es un esfuerzo en vano; que el amor es efímero, pero que el recuerdo es eterno; que las montañas emergen y desaparecen al paso de los siglos; que para la vida un siglo no es nada. Algo le hizo mirar hacia una montaña y a lo lejos en su cima, vio a su abuelo; tenía el cabello largo, y la barba blanca le llegaba al pecho; le sonreía con tranquilidad.

Al encontrar la respuesta a cada una de sus preguntas, fue apareciendo de nuevo su cuerpo; las ramas empezaron a ceder y a soltarla; ella no quería, pero era su destino; las manos dejaron de ser traslúcidas; recuperó el color de su piel; su cuerpo desnudo dejaba la tibieza; su corazón entró de nuevo a su pecho; el agua se alejaba poco a poco; sus ojos dejaron de ser violeta y volvieron a ser intensos, pero con otro brillo, con uno real y más vivo.

Desde ese día ella mira las estrellas, ya no como algo externo y lejano; los tonos de las galaxias estaban en su corazón; el amor que ahora siente es hacia sí misma; camina sonriendo sin tener fortuna, haciendo de un día lluvioso algo excelente, y viendo una mariposa con fascinación. Disfruta del placer del cuerpo con sus amores, unos que se quedan más tiempo que otros, y toda la vida esperando el día de volver a casa, esperando volver a ser polvo de estrellas y retornar en otra forma.

